

## El concepto de melancolía en Marsilio Ficino

Paul, Andrea María Noel

Magíster en Historia del Arte Argentino y Latinoamericano; Profesora universitaria en Filosofía (UNGS, UNC, CONICET)

### Introducción

Generalmente se consideró la melancolía como un estado que desencadena los más profundos pensamientos y hace del sujeto un sujeto extraño de la vida, que, enajenado de ella, pierde su disfrute. Giorgio Agamben sostenía que “La melancolía, o bilis negra, es aquella cuyo desorden puede producir las consecuencias más nefastas”<sup>1</sup> y, en ese sentido, fue asociada siempre a los aspectos más oscuros de la naturaleza. Lo cierto es que, la melancolía como un temperamento asimilado a la tristeza o pesadumbre ha generado en la historia de la filosofía diversos interrogantes que convergen en un mismo problema: ¿Es en el sujeto melancólico donde la capacidad creadora alcanza su máxima expresión?

Si prestamos atención a su significado etimológico, del griego μέλας "negro" y χολή "bilis", comprobamos que se trata de un estado cuya desmesura nos dirige a lo amargo y oscuro que la naturaleza de la melancolía tiende a perpetuar. Esto se representa muy bien en las artes visuales cuando los atributos de un personaje en la obra artística responden a un semblante triste, o a una mirada perdida y pensante: características que se corresponden con el ser melancólico. Tal es el ejemplo iconográfico por antonomasia: el grabado de Durero de 1514, *Melancolía I*, tantas veces analizado por su espectacular representación del humor negro.

En efecto, este temperamento melancólico puede conducir al sujeto a un estado de desesperación, debido al afán por escaparse de la melancolía, sea para empezar a actuar en el mundo concreto, sea para dirigirse hacia la divinidad con el propósito de alcanzar los conocimientos supremos del Ser. Es decir “en su forma natural la melancolía puede ser tanto tierra abandonada para la enfermedad como campo de cultivo para los grandes éxitos, porque contiene virtualmente en sí lo extraordinario y lo extraño”<sup>2</sup>. De ahí la paradoja que se encuentra dentro del mismo estado: su misma amargura es fuente de los mejores saberes. Por esta razón, la melancolía es inmediatamente asociada a la filosofía, al arte o a la poesía, actividades que se vinculan al nacimiento de la teoría del genio creador capaz de mirar el mundo y comprenderlo más allá de él hasta los saberes supremos.

No es el objetivo de este trabajo realizar un análisis exhaustivo del concepto de melancolía en la historia de la filosofía; sólo nos proponemos desarrollar la respuesta que Marsilio Ficino brindó al respecto en *De vita triplici*<sup>3</sup>. Si bien no es la única obra en la que da cuenta de la melancolía, elegimos el *De vita*, específicamente su primer libro *Sobre los cuidados de la salud de quienes se dedican al estudio de las letras*, porque consideramos que en

<sup>1</sup> Agamben, Giorgio, *Estancias las palabras y el fantasma en la cultura occidental*, Madrid, Editora Nacional, 2002, p. 31

<sup>2</sup>Theunissen, Michael, *Anteproyectos de la Modernidad: antigua melancolía y acedia de la Edad Media*. Valencia, Náyade, 2005, p. 32

<sup>3</sup>Ficino, Marsilio, *De Vita Triplici*, edición bilingüe de Kaske, C. V. y Clark, J.R., *Three books of life*, Binghamton, State University of New York, 1989 O bien su versión en español, *Tres libros sobre la vida*, trad. Marciano Villanueva Salas Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2006

ella nuestro autor le dedica mayor atención a los efectos positivos y negativos del estado melancólico y, en consecuencia, se presenta como un tratado médico-astroológico con un doble fin: en primer lugar, reivindicar la melancolía en tanto camino hacia la vida genial, y, en segundo lugar, otorgar las herramientas necesarias para “combatir los posibles riesgos que ella provoca.”

Con este objetivo dividiremos el trabajo en dos apartados. En el primero, analizaremos el texto de Ficino tratando de poner de manifiesto la construcción de una doctrina que entiende la melancolía como un estado que provoca una inestabilidad antropológica entre el aspecto físico y el aspecto espiritual del hombre, entre lo voluntario y lo involuntario y, en tal sentido, puede vincularse a una filosofía del cuerpo. En segundo lugar, nos abocaremos a comprender la relación que establece nuestro autor entre la “bilis negra”, como se la ha entendido en la Antigüedad, y el planeta Saturno, clave, según Ficino, para vencer un determinismo astroológico mermando sus efectos desfavorables en pos de aquellos provechosos.

## II. El hombre melancólico en el *De Vita Triplici*

*Abunde, pues, la bilis negra, a condición de que sea sutilísima.*

En el siglo XV un filósofo florentino recupera las ideas que se han elaborado en la Antigüedad sobre la melancolía bajo la luz del hermetismo: Marsilio Ficino, un neoplatónico encargado de traducir y comentar las obras más importantes de Platón, de Plotino, y, con especial atención, del corpus hermético. Si bien Ficino sabe que la teoría de la melancolía nace para comprender el estado de tristeza o de miedo que turba al espíritu, reconoce que su explicación va más allá. Es por esta razón que, retomando un texto antiguo atribuido a Aristóteles, *Problemata XXX*, lo relaciona con toda la tradición médico-astroológica. Incluso uno de los interrogantes que se plantea, y que trasciende toda su obra, es justamente por qué si tradicionalmente la melancolía inspira temor puede entonces nacer un genio creador de un temple tan siniestro.

Es así que Ficino une las herencias antiguas y medievales en búsqueda de una respuesta al temperamento melancólico y hace que “la correlación cósmica del melancólico y su consonancia con Saturno, ‘mente del mundo’, se vinculen a sugerencias plotinianas y árabes. Se forman así un sincretismo en el que la noción central de los *Problemata* se impregna de una proyección simbólica extraña al texto griego”<sup>4</sup>. En consecuencia, nace una de sus grandes obras: *De vita triplici* donde desarrolló el concepto de melancolía ya anticipada, de manera indirecta, en la *Theologia platónica*<sup>5</sup>.

A continuación desarrollaremos varios puntos que permiten comprender el trabajo que realiza Ficino sobre este concepto. En primera instancia, procuraremos entender las causas que llevan al hombre no sólo a gestar su estado melancólico, sino también a progresar en este ánimo saturnino alcanzando así los estados más nocivos que

<sup>4</sup> Rius i Gattel, Rosa, “Sobre la melancolía: M. Ficino” en *Actas del Simposio Filosofía y Ciencia en el Renacimiento*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, p. 53

<sup>5</sup> Ficino, Marsilio. *Theologia platónica*. Bologna: Centro di studi filosofici di Gallarte, 1965.

inducen a la desorientación del espíritu<sup>6</sup>. En cierto modo, esto genera un desequilibrio entre el cuerpo y la mente a tal extremo que un ánimo sombrío se apodera del hombre; de ahí la preocupación de Ficino, y posterior exhortación, a propósito del olvido del cuerpo. Por último, puesto que la melancolía posee el germen de la creatividad, trataremos de comprender de qué manera Ficino intenta eliminar los males manteniendo los beneficios.

En el antiguo texto griego la melancolía se presenta como el humor de las personas de letras, hombres excelentes que han desarrollado su genio de tal manera que sobresalen del resto. La melancolía, en efecto, suele ser presentada como un humor que ayuda o influye directamente en la concentración de aquel que lo posee; Ficino, siguiendo esta línea, sostiene que:

Así lo afirma el propio Aristóteles en el libro de *los Problemas*. Dice, en efecto, que todos los hombres que sobresalen en cualquier materia han sido melancólicos, corroborando así la opinión que expone Platón en su libro *Sobre la ciencia o Teeteto*, a saber, que todos los hombres geniales han solido ser bastantes excitables y sometidos al poder del furor. También Demócrito dice que sólo los que están sacudidos por una especie de gran furor pueden ser hombres de gran ingenio. Y en esta materia mantiene, al parecer, el mismo punto de vista nuestro Platón, cuando dice en *Fedro* que en vano se llama a las puertas de la poesía si el furor no nos arrebat<sup>7</sup>

La descripción aristotélica del temperamento melancólico y su relación con el genio creador ha llamado la atención de Ficino, quien asume que es a través de la melancolía que los hombres pueden desarrollar el “furor creativo”, convirtiéndose luego en grandes poetas, artistas filósofos, debido a que la mirada del melancólico está dirigida hacia el dominio de las ideas, hacia lo inteligible. En otro orden de cosas, comprendiendo que hay algo en este humor que permite al alma ser propensa a la inspiración y contemplación de la divinidad Ficino afirma que:

[Saturno], este segundo planeta, que es el más encumbrado de todos, eleva a quien le busca a la contemplación de las cosas más sublimes. Por este motivo, los filósofos finalizan con el ser singular, especialmente cuando su alma, así alejada de los movimientos externos y del propio cuerpo, se acerca lo máximo posible a las cosas divinas y se convierte casi en su instrumento. Hinchida, pues, de lo alto con oráculos e influjos divinos, piensa constantemente cosas nuevas e inusuales y predice el futuro. Así lo afirman no sólo Demócrito y Platón sino, también Aristóteles en el libro de los Problemas<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Sobre este punto véase el estudio citado de Rosa Rius i Gattel.

<sup>7</sup> Ficino, Marsilio, *Tres libros sobre la vida*, ed. cit., p. 27. “Quod quidem confirmat in libro *Problematum* Aristoteles, omnes enim inquit viros in quavis facultate praestantes melancholicos extitisse. Qua in re Platonicum illud quod in libro *De scientia* scribitur confirmavit, ingeniosos videlicet plurimum concitatos furiososque esse solere. Democritus quoque nullos inquit viros ingenio magnos, praeter illos qui furore quodam perciti sunt, esse unquam posse. Quod quidem Plato noster in *Phaedro* probare videtur, dicens poeticas fores frustra absque furore pulsari” (*Three books of life*, ed. cit., p. 116).

<sup>8</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 30. “[Q]uorum alter, altissimus omnium planetarum, investigantem evehit ad altissima. Hinc philosophi singulares evadunt, praesertim cum animus sic ab externis motibus atque corpore proprio sevocatus, et quam proximus divinis et divinorum instrumentum efficiatur. Unde divinis influxibus oraculisque ex alto repletus, nova quaedam inusitataque semper excogitat et furura praedicit. Quod non solum Democritus atque Plato affirmant, sed etiam Aristoteles in *Problematum* libro...” (*Three books of life*, pp. 120-122).

Posteriormente, al descubrir que existen tres causas -celeste, natural y humana- que hacen que los hombres devengan melancólicos, Ficino busca comprender la raíz de cada una.

Las causas que hacen que los hombres de letras sean melancólicos son de tres tipos principales: la primera celeste, la segunda natural, la tercera humana. Celeste porque, según los astrónomos, Mercurio, que nos invita a buscar las ciencias y las artes, y Saturno, que hace que seamos perseverantes en esta búsqueda y que, una vez alcanzadas, las conservemos, son en cierto modo fríos y secos [...] Y, precisamente así (es decir, fría y seca), es, según los médicos, la naturaleza melancólica. Y de esta misma naturaleza hacen partícipes, en principio, Mercurio y Saturno a los estudiosos de las letras y a sus seguidores y se la conserven y aumenten día tras día.<sup>9</sup>

La primera de las causas, la causa celeste, es, como vemos, producto de los influjos de dos planetas: Mercurio y Saturno. El primero es aquel que estimula a la investigación, pero como ese impulso no es suficiente es preciso que intervenga Saturno para que el hombre persevere en la su tarea. La segunda causa, la causa natural, tiene consonancia con la tierra, pues la actividad intelectual está relacionada con el aislamiento y la concentración, movimientos que le pertenecen a ella. En esta exigencia, el hombre provoca una abstracción que lo aísla de lo que lo rodea, haciendo que el alma se vuelva hacia el interior<sup>10</sup>. Veamos cómo lo explica Ficino:

Parece consistir en el hecho de que para adquirir el conocimiento de las ciencias, sobre todo de las difíciles, es necesario que el alma se recoja del exterior al interior como desde la periferia al centro, y que, mientras especula, se mantenga firmemente asentada en el centro, por así decirlo, del hombre. Ahora bien, recogerse de la periferia al centro y mantenerse fijo en él es propio sobre todo de la tierra, con la que tiene bastante parecido la bilis negra. Por consiguiente, esta bilis negra estimula continuamente al espíritu a recogerse en unidad, a afirmarse en ella y a consagrarse a la contemplación. Y ella misma, en cuanto que es semejante al centro del mundo, incita a indagar el centro de todas y de cada una de las cosas y eleva hasta la comprensión de las realidades más sublimes, pues se encuentra en armonía máxima con Saturno, que es el más elevado de los planetas. Y la contemplación misma adquiere, a su vez, como mediante una concentración continua y una cuasi-comprensión, una naturaleza muy parecida a la de la bilis negra.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 26. "Ut autem litterati sint melancholici, tres potissimum causarum species faciunt: prima coelestis, secunda naturalis, tertia est humana. Coelestis quoniam Mercurius, qui ut doctrinas investigemus invitat, et Saturnus qui efficit ut in doctrinis investigandis perseveremus inventasque servemus, frigidi quodammodo siccique ab astronomis esse dicuntur [...] qualis est natura apud medico melancholica, eandemque naturam Mercurius ipse Saturnusque litterarum studiosis eorum sectatoribus impartiunt ab initio ac servant augentque quotidie" (*Three books of life*, pp. 112).

<sup>10</sup> Véase Rius i Gattel, Rosa, "Sobre la melancolía: M. Ficino"

<sup>11</sup> *Tres libros sobre la vida* p. 26. "Naturalis autem causa esse videtur, quod ad scientias praesertim difficiles consequendas necesse est animum ab externis ad interna tanquam a circumferentia quadam ad centrum sese recipere, atque dum speculatur in ipso (ut ita dixerim) hominis centro stabilissime permanere. Ad centrum vero a circumferentia se colligere figique in centro maxime terrae ipsius est proprium, cui quidem atra bilis persimilis est. Igitur atra bilis animum, ut se et colligat in unum et sistat in uno contempleturque, assidue provocat. Atque ipsa mundi centro similis ad centrum rerum singularum cogit investigandum, evehitque ad altissima quaeque comprehendenda, quandoquidem sum Saturno maxime congruit altissimo planetarum. Contemplatio quoque ipsa vicissim assidua quadam collectione et quasi compressione naturam atrae bili

La tercera, y última causa, la humana, es aquella causa que depende, como su nombre lo indica, exclusivamente del hombre. Aquí, la actividad intelectual que genera el constante y firme pensamiento, producto de una concentración excesiva, trae aparejado que el cerebro se torne seco y frío disolviéndose el espíritu o, al menos, su parte clara y sutil.

La causa humana, es decir, la que depende de nosotros, es ésta: dado que la actividad frecuente de la mente reseca bastante el cerebro, se sigue que, consumido en gran parte el humor, que es el sustento del calor natural, de ordinario se extingue también el calor mismo, de tal suerte que la naturaleza del cerebro se torna seca y fría, que es de hecho una cualidad terrestre y melancólica. Además, por el movimiento continuo de la búsqueda, también los espíritus, movidos sin tregua, se disuelven<sup>12</sup>

De esta manera, Ficino intenta confirmar el vínculo entre melancolía y ciertos tipos de saber. Dicho de otra manera, si uno, por su propia voluntad, decide dedicarse a los estudios de la filosofía o al arte, se encomienda libremente a las musas y, de esta manera, a Saturno.

Luego de exponer sus causas, Ficino se refiere a la relación entre melancolía y cuidado del cuerpo. Él sabe, como lo hemos intentando demostrar, que el trabajo intelectual obliga, en cierto sentido, a los hombres de letras a concentrarse tanto en sus especulaciones que, absorbidos por ellas, pierden contacto con el cuerpo y, por ende, con el mundo que los rodea. Es por ello que el *De vita* se presenta como un tratado sobre el arte de vivir aprendiendo los secretos de una vida sana en conformidad con la actividad intelectual. Estas herramientas permitirían a los hombres escaparse de las consecuencias siniestras y nocivas que el estado saturnino provoca consiguiendo, a su vez, abrir el universo de la contemplación divina. Así lo dice:

Entre todos los hombres de letras, están sobre todo oprimidos por la bilis negra aquellos que, entregados con pasión a la filosofía, apartan su mente del cuerpo y de las cosas corpóreas y la unen a las incorpóreas, ya sea porque una ocupación demasiado absorbente exige a su vez una mayor concentración de la mente o porque durante todo el espacio de tiempo que unen la mente a la verdad incorpórea se ven forzados a separarla del cuerpo. Y así, su cuerpo se vuelve a veces exánime y melancólico<sup>13</sup>

---

persimilem contrahit” (*Three books of life*, pp. 112-114).

<sup>12</sup> *Tres libros sobre la vida* p. 26. “Humana vero, id est ex nobis, causa est: quoniam frequens agitatio mentis cerebrum vehementer exsiccat, igitur humore magna ex parte consumpto, quod caloris naturalis pabulum est, calor quoque plurimum solet extingui, unde natura cerebri sicca frigidaque evadit, quae quidem terrestris et melancholica qualitas nominatur. Praeterea ob frequentissimum inquisitionis motum spiritus quoque moti continue resolvuntur” (*Three books of life*, p. 114).

<sup>13</sup> *Tres libros sobre la vida* p. 27. “Maxime vero litteratorum omnium hi atra bili premuntur, qui sedulo philosophiae studio dediti mentem a corpore rebusque corporeis sevocant, incorporeisque coniungunt, tum quia difficilius admodum opus maiori quoque indiget mentis intentione, tum quia quatenus mentem incorporeae veritati coniungunt, eatenus a corpore disiungere compelluntur. Hinc corpus eorum nonnunquam quasi semianimum redditur atque melancholicum” (*Three books of life*, p. 114).

Una vez asumidos estos hechos, Ficino clasifica la melancolía en dos tipos: la natural y la *adusa*. Esta última, que nace del recalentamiento, vuelve al cuerpo insano y entristece al espíritu, siendo perjudicial para la capacidad de juicio y para la sabiduría. No nos olvidemos que, según Ficino, podemos tener la capacidad de razonar y dedicar nuestro tiempo a pensar sobre los saberes eternos, pero si esta actividad no se encuentra en armonía con un cuerpo sano y un espíritu tranquilo en vano llamaríamos a las puertas de las Musas.

En todo caso, la melancolía que nace de un recalentamiento es perjudicial para la capacidad de juicio y para la sabiduría. Pues, en efecto, cuando el humor se enciende y arde, suele producir aquella excitación o aquel delirio que los griegos llaman *manía* y nosotros *furor*. Pero cuando se extingue, porque las partes más sutiles y más limpias se han disuelto y solo queda un negro hollín, provoca aturdimiento y entontecimiento. Y a esta disposición del ánimo se la llama propiamente melancolía, demencia o locura<sup>14</sup>.

La otra clase de melancolía, aquella que Ficino denomina natural, es la que busca defender en su tratado puesto que, no siendo tan nociva para los hombres, resulta provechosa para la contemplación de la divinidad. Es importante aclarar que el hecho de no ser tan nociva no implica que Ficino la catalogue como buena; sólo le interesa subrayar que resulta provechosa en tanto no se mezcle con los mismos contenidos de la *adusa*.

Así pues, solo aquella otra bilis negra que hemos llamado natural nos resulta provechosa para la adquisición del juicio y de la sabiduría, y aun entonces no siempre. Si está sola, con su masa negra y densa ofusca el espíritu, aterroriza el ánimo, embota el ingenio. Si mezcla con la simple pituita, se sitúa sangre fría alrededor del corazón, y como consecuencia de esta frígida densidad se genera indolencia y entorpecimiento<sup>15</sup>.

La idea es, entonces, poder equilibrar la bilis negra a tal punto que queden sólo aquellos aspectos favorables y se convierta en “sutilísima” hasta donde le permita su naturaleza.

La bilis negra no ha de ser ni tan poca que no consiga regular la sangre, la bilis y el espíritu, y ocurra entonces que el ingenio sea inconstante y la memoria frágil, ni tampoco, por el lado contrario, tan abundante que, cargados con un peso excesivo, parezcamos estar somnolientos y necesitar espuelas. Es, pues, preciso que la melancolía sea todo lo sutil que permita su naturaleza. Si consigue llegar al grado más sutil compatible con su naturaleza, podría tal vez ser también abundante sin llegar a ser

<sup>14</sup> *Tres libros sobre la vida* p. 28. “Quaecunque adustione nascitur iudicio et sapientiae nocet. Nempe dum humor ille accenditur atque ardet, concitatos furentesque facere solet, quam Graeci maniam nuncupant, nos vero furorem. At quando iam extinguitur, subtilioribus clarioribusque partibus resolutis solaque restante fuligine tetra, stolidos reddit et stupidos. Quem habitum melancholiam proprie et amentiam vecordiamque appellant” (*Three books of life*, p. 114).

<sup>15</sup> *Tres libros sobre la vida* p. 28. “Sola igitur atra bilis illa quam diximus naturalem ad iudicium nobis sapientiamque conducit, neque tamen semper. Sane si sola sit, atra nimium densaque mole obfuscat spiritus, terret animun, obtundit ingenium. Si vero pituitae simplici misceatur cum frigidus obstiterit circum praecordia sangris, crassa quadam frigiditate segnitiem adducit atque torporem” (*Three books of life*, p. 116-118).

nociva, incluso hasta el punto de equipararse a la bilis amarilla, al menos en lo relativo al peso<sup>16</sup>

Una vez desarrolladas las causas y los dos tipos de melancolía, Ficino procura dar varios consejos sobre el cuidado que el hombre de letras debe tener respecto de su cuerpo haciendo hincapié en las tres grandes tentaciones: el coito, incitado por Venus, el hartazgo de vino y comida, y el prolongar la vigilia. Estos males no sólo aquejan al hombre saturnino, pero sí se profundizan en él convirtiéndolo en perezoso y cobarde. A propósito de esto, Ficino realiza en varias oportunidades la misma advertencia:

Y poned la máxima diligencia en el cuidado de vuestra salud. Si esta falta, nunca conseguiremos ni llegar tan siquiera a las excelsas puertas de las Musas, y en vano llamaremos a ellas, a menos que nos conduzcan hasta allí y nos las abra, con su intervención extraordinaria, Dios todopoderoso<sup>17</sup>

Ahora bien, más allá que su exhortación estaba dirigida específicamente a los hombres de letras, en su segundo libro dedicado a la vida longeva subraya que la vejez tiene las mismas consecuencias, es decir, también ésta obstaculiza el camino de la sabiduría.

Pues, en efecto, mientras el resto de su cuerpo se mantiene ocioso, desarrollan una gran actividad celebrar y mental y por eso son propensos a producir pituita y bilis negra que los griegos llaman, respectivamente, flegma y melancolía. La primera a menudo debilita y sofoca el ingenio, la segunda, por el contrario, si es demasiado abundante y se inflama, atormenta el alma con una inquietud continua y delirios frecuentes y perturba la capacidad de juicio hasta tal punto que puede afirmarse, y no sin razón, que los hombres de letras gozarían de singular salud si no se vieran a veces perturbados por la pituita y que serían los más felices y sabios de todos los hombres si la imperfección de la bilis negra no les indujera con frecuencia a entristecerse y llegar a veces hasta el desvarío<sup>18</sup>.

Ficino utiliza varias páginas de su tratado para presentar una lista extensa que explica cuáles son los alimentos, las bebidas y las actividades que provocan la mala melancolía y aquellos que ayudan a contrarrestarla. Para dar un ejemplo basta con las siguientes citas:

---

<sup>16</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 28. “Oportet autem atram bilem neque tam paucam esse, ut sanquis, bilis, spiritus quasi freno careant, unde instabile ingenium labilemque memoriam esse contingat; neque tam multam, ut nimio pondere praegravati dormire atque egere calcaribus videamur. Proinde necessarium est omnino eam esse, quoad eius natura patitur, subtilissimam. Si enim tenuata pro natura sua maxime fuerit, poterit forsitan absque noxa etiam esse multa, atque etiam tanta ut aequare bilem saltem pondere videatur” (*Three books of life*, p. 118).

<sup>17</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 23. “Legite igitur diligenter atque curate valetudinem diligentissime. Sublata enim sanitate sublimes Musarum fores, nisi Deus omnipotens mira quadam virtute et ducat et patefaciat, aut non tanguntur a nobis unquam aut certe frustra pulsantur” (*Three books of life*, p. 118).

<sup>18</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 25-26. “Quantum enim reliquo corpore otiosi sunt, tantum cerebro ac mente negotiosi. Inde pituitam, quod Graeci phlegma, hinc atram bilem, quam iidem melancholiam vocat, gignere compelluntur. Illa quidem ingenium saepe obtundit et suffocat, haec vero, si nimium abundaverit flagraveritque, assidua cura crebrisque deliramentis vexat animi iudiciumque perturbat, ut non immerito dici possit, litteratos fore et praecipue sanos, nisi cum pituita molesta est, et laetissimos sapientissimosque omnium, nisi bilis atrae vitio vel maerere saepe vel interdum desipere compellantur” (*Three books of life*, p. 112).



Las cosas que hacen que aumente en nosotros la pésima y dañosa bilis negra [...] son las siguientes: el vino denso y turbio, sobre todo el tinto; los alimentos duros, secos, salados, acres, ácidos, viejos, a la brasa, a la parrilla, fritos. La carne de buey y de liebre, el queso envejecido, las salsas, las legumbres, en particular las habas, las lentejas, la berenjena, el jaramago, la berza, la mostaza, el rábano, el ajo, la cebolla, el puerro, las moras, las zanahorias, todos los alimentos que calientan o enfrían al mismo tiempo secan y todo los de color negro. La ira, el temor, la compasión, el dolor, el ocio, la soledad y todo cuanto ofende a la vista el olfato, el odio, pero sobre todo y por encima de todo las tinieblas<sup>19</sup>

Y continúa:

Y como la bilis negra es siempre, de hecho, muy seca, y también fría, aunque no en la misma medida, sin duda es necesario contrarrestarla recurriendo a cosa moderadamente cálidas y lo más húmedas que sea posible y a alimentos cuidadosamente hervidos, que puede dirigirse con facilidad y producen sangre sutil y limpiísima<sup>20</sup>

Sin embargo, además de los buenos alimentos que el hombre debe consumir, de la buena música que debe escuchar y del ejercicio físico, Ficino agrega algo propio de la tradición hermética, esto es, el uso de los talismanes que “*evocan la influencia de los astros y aseguran su efecto más concentrado*”. Esto indica claramente que para él el estado saturnino no puede comprenderse exclusivamente por sus causas naturales o como un pecado a la manera de la Edad Media<sup>21</sup>.

## II. Nacido bajo el influjo de Saturno

Es curioso observar la estrecha relación que existe en la obra de Ficino entre el humor negro y el planeta Saturno. Esto seguramente tiene que ver con sus lecturas tanto herméticas como platónicas. Sin embargo, al aludir al astro, Ficino, en consonancia con sus contemporáneos, fomentó una imagen de Saturno que reflejaba sus aspectos sobresalientes: por un lado, el malvado y triste; por el otro, el profundamente pensativo. Reconociendo ambos, acentúa claramente el segundo aspecto y, de esta manera, vincula el astro de la contemplación sublime con la genialidad humana.

<sup>19</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 36. “Pessimam vero illam, quam in superioribus detestabamur, atram bilem haec augent: crassum turbidumque vinum, praecipue nigrum; cibi, duri, sicci, salsi, acres, acuti, veteres, usti, assi, fricti; carnes bovis et leporis, caseus vetus, salsamenta, legumina: praecipue faba, lenticula, melongia, eruca, brassica, sinapis, radícula, allium, cepa, porrum, mora, cariotae, et quaecunque calefaciunt vel frigefaciunt simul atque desiccant, et omnia nigra; ira, timor misericordia, dolor, otium, solitudo, et quaecunque visum et olfactum auditumque offendunt, omnium vero maxime tenebrae...” (*Three books of life*, p. 132).

<sup>20</sup> *Tres libros sobre la vida*, p. 36. “Cumvero bilis atra semper siccissima sit, frigida quoque, licet non aequae, huic certe resistendum est rebus quidem modice calidis, humidis vero quam maxime, cibis elixis assidue, qui coquantur facile et subtilem gignant sanguinem atque clarissimum” (*Three books of life*, p. 132).

<sup>21</sup> El concepto de acedia estuvo vinculado con la melancolía a pesar de estar más cerca, no de la contemplación divina, sino, más bien, de la pérdida paulatina de la alegría por Dios. De ahí que la acedia se la haya categorizado en la Edad Media como uno de los principales pecados. Para mayor información, véase Theunissen, Michael, *Anteproyectos de la Modernidad: antigua melancolía y acedia de la Edad Media*.



Es interesante observar que el mismo Ficino se hacía llamar “saturnino”: “un hijo del taciturno, infausto y solitario planeta, Saturno”<sup>22</sup>. Y es este descubrimiento sobre su ascendencia astrológica lo que provocaría en él una decidida voluntad de conocer más sobre el estado y procurar “salvarse” de él.

Ahora bien, la influencia astral es tan fuerte que Ficino la enmarca en todo su sistema cosmológico de la emanación. Así, para explicar por qué estar sometidos al influjo de Saturno nos convierte en melancólicos, sostiene que los astros emiten rayos que llegan a la tierra y obligan, en cierto sentido, al espíritu del mundo a participar de las cualidades del astro emisor, quien a su vez influye en el espíritu del hombre, o más exactamente en su *mens* o razón intuitiva.<sup>23</sup>

Ligado a esta teoría se encuentra la idea del microcosmos, donde cada parte se relaciona con la otra y, de esta forma, participa de algo mayor. Así, cada fragmento de la naturaleza, cada porción del universo, se encuentra propenso a recibir las influencias de los astros, quienes transmiten sus cualidades en la propia emanación. En relación con este sistema cosmológico se encuentran sus consejos sobre aquellos alimentos que se debe consumir para mermar los males de la melancolía, pues no sólo el hombre sino también los alimentos, partes de la naturaleza, reciben la emanación astral.

En efecto, si toda la influencia astral, o las cualidades de los astros, nos llegan por su emanación, esto justifica en cierto modo, la utilización de alimentos para la curación. Es más, Ficino consideraba que la eficacia de los remedios que se consideraban puramente médicos se basaba en la misma relación cósmica que otorgaba poder a los amuletos y talismanes que hemos mencionada en el apartado anterior. Por consiguiente, los aspectos negativos de la influencia saturnina se “contrarrestaban” en el mismo momento en que, por ejemplo, se sazaban los alimentos con canela y azafrán o cuando se ingerían alimentos con aromas suaves, todo con el debido trabajo y con la necesaria combinación que respete el equilibrio natural.

En resumen, Ficino intentó contrarrestar el estado melancólico desde la medicina, la filosofía y la astrología, tres áreas del saber que se ocupan de los influjos de Saturno. Así lo justifican los autores de *Saturno y la melancolía*:

los efectos que emanaban de cosas terrenales, la potencia curativa de las drogas, las variadas influencias de los aromas de plantas, el efecto psicológico de los colores y hasta el poder de las música, todo esto no se debía atribuir en realidad a las cosas mismas, antes bien procedía meramente de que el empleo de ciertos materiales, o la practica de ciertas actividades, <nos expone> (por decirlo en palabras de Ficino) a aquellos astros de cuyas cualidades está saturado el material en cuestión, o a cuya naturaleza se ajusta la actividad pertinente<sup>24</sup>

De esta manera, se va construyendo una nueva doctrina sobre la melancolía en donde la influencia astral está claramente marcada y en la que se señala a Saturno como el astro de la contemplación sublime que obliga al

<sup>22</sup> Gattel Rosa Riusi, “Sobre la melancolía: M. Ficino”, p. 51

<sup>23</sup> Raymond Klibansky et al., *Saturno y la melancolía*, trad. María Luisa Balseiro, Madrid, Alianza, 1991.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 261-262.

pensamiento a penetrar y explorar el centro de sus objetos, porque la propia bilis negra tiene afinidad con el centro de la tierra. En este sentido, dicen los autores anteriormente citados,

El más elevado de los planetas, Saturno eleva al investigador hasta las cumbres (...) y produce esos filósofos sobresalientes cuyas mentes están tan apartadas de los estímulos exteriores, e incluso de su propio cuerpo, y tan atraídas hacia todo lo trascendental, que acaban siendo instrumentos de cosas divinas. Es Saturno quien conduce a la mente a la contemplación de asuntos más altos y más ocultos, y el mismo, como dice Ficino en más de un lugar, significa la divina contemplación<sup>25</sup>

Como hemos remarcado en el apartado anterior, Ficino reconoce los beneficios que la melancolía provoca en el hombre, pero también destaca los males que aquejan al cuerpo. El humor melancólico tiene a su juicio una temible bipolaridad, y es por ello que su principal propósito fue exponer que el carácter saturnino poseía en sí mismo alguna posibilidad para escapar “de la influencia maléfica de su temperamento” y, por ende, de Saturno, disfrutando, en cambio, de sus beneficios intelectuales. Esto tenía afinidad con otra de sus afirmaciones: puesto que los hijos de Saturno estaban capacitados para el trabajo intelectual contemplativo, al mismo tiempo, el trabajo intelectual que el hombre decide, por su propia voluntad, influye en los hombres y los ubica, justo, bajo la influencia de Saturno. Es otros términos, o se está destinado astralmente a Saturno o uno se encomienda a Saturno por la actividad libremente elegida. Esta situación es la que Ficino mostraría como una de las soluciones al problema. Es decir, el imperativo sería formulado de esta manera: entrégate libremente al astro porque esta libertad permitirá entender la influencia y contrarrestar sus males.

El hombre en cuanto ser activo y pensante era fundamentalmente libre, y podía incluso, gracias a esa libertad, controlar las fuerzas de los astros exponiéndose consciente y voluntariamente a la influencia de un astro determinado; podía atraer sobre sí esa influencia no solo empleando los múltiples medios externos, sino también (de forma más efectiva) mediante una especie de autoterapia psicológica, una ordenación deliberada de su propia razón e imaginación<sup>26</sup>

En cierto sentido afirma que se puede dedicar la vida a la contemplación pero simultáneamente el hombre no debe olvidarse de “[e]vitar toda intemperancia, dividir razonablemente el día, vivienda y alimento adecuados, caminar, buena digestión masaje de la cabeza y del cuerpo, y, sobre todo, música”<sup>27</sup>. En consecuencia, se puede combatir los riesgos (tormento al cuerpo y las facultades inferiores con dolor, temor y depresión) recordando la unión armónica entre cuerpo, alma y espíritu.

En síntesis, Saturno, como el astro sublime de la especulación, otorgaba el beneficio de la contemplación creadora, que tiene lugar en la *mens*, pero a su vez, con la misma fuerza, fortalece las funciones ordinarias del

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 254 255.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 263.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 260 261.

cuerpo como enemigo del alma. En otros términos “opresor de toda vida sujeta de algún modo al mundo presente, Saturno genera melancolía; pero como amigo y protector de una existencia superior y puramente intelectual, puede también curar<sup>28</sup>. Este intento por moderar la melancolía es parte de la libertad que posee el hombre y que le permite presentarse ante un “determinismo astrológico” con la decidida voluntad de forjar el destino en su propio favor. No obstante, esto no significa que se pueda huir del poder de Saturno; sólo cabe controlar su influjo de tal manera que prevalezcan las influencias que benefician al hombre.

#### IV. A modo de conclusión: algunas observaciones

A lo largo del trabajo hemos intentado describir que la melancolía fue reconocida por Ficino como el humor saturnino que forjaba un carácter peculiar ante la vida y la divinidad. Para Ficino, Saturno, como símbolo de la melancolía, influye en los hombres llevándolos a un estado de fervor por la contemplación y, de esta manera, determina al genio creador. Sin embargo, para alcanzar ese estado era preciso también tomar una serie de medidas terapéuticas que apuntaran al “cuidado de sí mismo” y que permitieran gozar de los beneficios intelectuales de la melancolía reduciendo las perturbaciones físicas que ella conlleva.

El mismo Ficino permitió que sus colegas lo llamasen *el hijo del sublime Saturno*. Es quizás por eso mismo, que reconociéndose saturnino, buscara dar una respuesta a ese problema, entendiendo que la melancolía posee dos vertientes, una negativa y otra positiva, siendo la primera la que lo induce a reclamar a los hombres de carácter melancólico un mejor cuidado de sí mismo.

Ahora bien, en la medida que el humor melancólico es resultado del influjo de los astros sobre la naturaleza de los individuos el intento por “domesticar” la melancolía equivale a un ejercicio de la voluntad y la libertad singular que le permite al hombre “vencer” el determinismo astrológico. Sin embargo, este intento no corta el lazo que une al hombre con su ascendencia astral; antes bien, limita algunos de sus aspectos. Es decir, el hombre puede elegir dedicarse a la vida intelectual o no, puede abocarse a los estudios de lo que está más allá del mundo que lo rodea o sólo contemplar lo sensible. Es esta libertad la que lo conduce a conformar su vida dentro del determinismo astrológico, aunque esto en sí mismo aparente una contradicción.

Antes de finalizar me gustaría volver sobre una cuestión: la melancolía en Marsilio Ficino puede entenderse como una condición anímica que pone de manifiesto una inestabilidad antropológica; no obstante, este desequilibrio posee no sólo un riesgo, sino también, un gran beneficio en la medida que permite a los hombres trascender lo meramente natural y aprender los ejercicios espirituales que conducen hacia la Gracia de Dios. El ser melancólico que envuelve a los poetas y a los filósofos y los obliga a reconocerse extraños en este mundo en búsqueda de una realidad enajenada convive en una tranquila quietud, contemplando la trascendencia, sin salir de sí mismo. Es justamente esta mirada que ofrece Ficino sobre la melancolía la que ingresa en el siglo XV, trasciende las fronteras de la filosofía hasta el arte y penetra en la Modernidad permitiendo discutir la obra de Ficino en un contexto más amplio que el renacentista.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 264

## Bibliografía

### Fuentes

- Ficino, Marsilio (1989), *De Vita Triplici*, edición y traducción e Kaske, C. V. y Clark, J.R., *Three books of life*, Binghamton, State University of New York, 1989.
- Ficino, Marsilio (2006), *Tres libros sobre la vida* Madrid, ed.Neuropsiquatria..
- Ficino, Marsilio (1993), *Sobre el furor divino y otros textos*, Barcelona, Anthropos.
- Ficino, Marsilio. (1965)*Teologia platonica*. Bologna, Centro di studi filosofici di Gallarte.

### Bibliografía de consulta

- Agamben, Giorgio (2002), *Estancias las palabras y el fantasma en la cultura occidental*, Madrid, Editora Nacional.
- Klibansky, Raymond *et al.* (1991), *Saturno y la melancolía*, trad. María Luisa Balseiro, Madrid , Alianza.
- Ludueña Romandini, Fabián J. (2006), *Homo economicus: Marsilio Ficino, la teología y los misterios paganos*, Bs. As. , Miño y Dávila
- Rius i Gattel, Rosa (1988), “Sobre la melancolía: M. Ficino”, en *Filosofía y ciencia en el Renacimiento*, Universidad de Santiago de Compostela.
- Theunissen, Michael (2005), *Anteproyectos de la Modernidad: antigua melancolía y acedia de la Edad Media*. Valencia, Náyade.